

Discernimiento de espíritus

13. El discernimiento de espíritus en el Nuevo Testamento

1. Introducción

2. El discernimiento en los evangelios sinópticos

Discernimiento de Jesús sobre su propia identidad y misión

El discernimiento necesario de la persona de Jesús

Criterios para el discernimiento de espíritu en los evangelios

Disposiciones evangélicas para el discernimiento de espíritus

3. El discernimiento en las cartas de san Pablo

La experiencia de Damasco

El discernimiento en la vida cristiana según san Pablo

El carisma del discernimiento de espíritus

Criterios de discernimiento de espíritus en san Pablo

4. El discernimiento en el cuarto evangelio y en las cartas de san Juan

La diferente presentación del discernimiento en el cuarto evangelio y en la primera carta de san Juan

El discernimiento de la persona de Jesús en Jn

El discernimiento en el discurso de la última cena

El discernimiento en la primera carta de san Juan

1. Introducción

En un mundo tan complicado como el nuestro necesitamos encontrar luz para descubrir la voluntad de Dios. En la Palabra de Dios encontramos una guía segura para el discernimiento, que debemos conocer y tener siempre en cuenta.

En los evangelios no encontramos la expresión «discernimiento de espíritus». Los evangelistas se ocupan de transmitir las palabras y las acciones de Jesús, y no se preocupan de elaborar ninguna doctrina sobre el discernimiento, aunque éste sí se encuentra en las páginas de los evangelios como realidad vivida. Sin embargo, en las cartas de san Pablo, que tiene que salir al paso de los problemas planteados en la vida de las distintas comunidades a las que se dirige, sí encontramos una doctrina sobre el discernimiento y sobre el discernimiento de espíritus.

Por ejemplo, exhorta a los corintios al discernimiento de su conducta y de lo que reciben en la Eucaristía para saber si pueden recibirla:

Así, pues, que cada cual *se examine*, y que entonces coma así del pan y beba del cáliz. Porque quien come y bebe sin *discernir* el cuerpo come y bebe su condenación (1Co 11,28-29).

Del mismo modo alienta a los tesalonicenses a que realicen un discernimiento permanente para evitar el mal y no apagar el espíritu.

No apaguéis el espíritu, no despreciéis las profecías. *Examinadlo todo*; quedaos con lo bueno. Guardaos de toda clase de mal (1Tes 5,19-22).

También encontramos una exhortación semejante en las cartas de san Juan, en las que ya aparece el discernimiento de espíritus¹:

Queridos míos: no os fiéis de cualquier espíritu, sino *examinad si los espíritus vienen de Dios*, pues muchos falsos profetas han salido al mundo (1Jn 4,1).

2. El discernimiento en los evangelios sinópticos

Podemos distinguir un doble discernimiento presente en los evangelios:

- El discernimiento (infallible) que Jesús, como hombre, realiza sobre su persona y sobre su misión.
- El discernimiento de los discípulos sobre la identidad y misión de Jesús y su llamada a seguirle.

Después podemos rastrear en los evangelios para encontrar criterios para nuestro discernimiento y, por último, esbozar la actitud necesaria que, según los evangelios, es precisa para realizar un discernimiento adecuado.

Discernimiento de Jesús sobre su propia identidad y misión

Al tocar el tema del discernimiento que Jesús, como hombre, hace de su propia identidad de Hijo de Dios y de su misión salvadora, nos adentramos en el delicado tema de la psicología de Jesús y del conocimiento humano de Jesús de su propia realidad de Hijo de Dios.

Al plantearnos este discernimiento tenemos que dejar claro que en Jesús hay una sola persona, un solo «yo», y que ese «yo» es divino. No se puede plantear el tema como si el «yo» de Jesús-hombre tuviera que descubrir el «yo» de Hijo de Dios al que está unido. Por otra parte, que la única persona de Cristo sea divina no elimina que la naturaleza humana de Jesús tenga que ir descubriendo y asimilando su ser de Mesías e Hijo de Dios. Quizá el planteamiento, más matizado, debería ser otro:

No podemos plantear el problema de cómo un hombre toma conciencia de ser Hijo de Dios, sino de cómo el Hijo de Dios toma conciencia humana de su identidad divina².

En este punto hay que desechar las teorías que colocan este conocimiento humano de la realidad divina de Jesús al comienzo de su misión, en el Bautismo, o incluso lo retrasan a la misma resurrección. Hay que afirmar claramente que el «yo» de Cristo, la única persona, que es divina, siempre ha tenido conciencia de su identidad divina. Y hay que suponer que el yo de Cristo no pudo tomar «conciencia humana» de sí mismo como Dios antes de tomar conciencia de sí mismo como hombre; lo cual sucede en los primeros años de la infancia. «Jesús toma conciencia humana de su identidad divina a la edad en que todo niño toma conciencia de su propia identidad»; «es el momento en el que ese mismo yo puede trasvasar los conocimientos y experiencias divinos al nivel humano»³.

Eso encaja con el episodio del encuentro de Jesús con los maestros del templo en Lc 2,41-50, en el que a los doce años Jesús ya manifiesta, no sólo una sabiduría especial, sino la conciencia de ser Hijo de Dios y de tener una misión concreta.

Eso no quiere decir que esa conciencia humana de su identidad y misión no fuera creciendo y matizándose:

Lo que sí cabe aceptar es que en Jesucristo ha habido un desarrollo en su conciencia humana de su condición divina, en la medida en que su psicología humana está sometida a desarrollo⁴.

En ese sentido encaja también el dato evangélico de que «Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,52), que se afirma inmediatamente después del episodio del encuentro de Jesús con los maestros del templo.

Por lo tanto, en esa medida, se puede hablar de un discernimiento de Jesús que, en su conocimiento humano, tiene que asimilar y perfilar los detalles de su misión y las consecuencias de su identidad.

Un momento importante de esa clarificación y afirmación de su misión, al principio de su vida pública -después del bautismo en el que se manifiesta al pueblo de Israel su identidad- son las tentaciones en el desierto (Mt 4,1-11). Entonces Jesús define

claramente, no sólo su identidad, sino el *modo* de realizar su misión, lo que supone un verdadero discernimiento, en el que Jesús, apoyado en la Palabra de Dios, desenmascara los engaños del enemigo. Lo que aparece de modo diáfano en el relato evangélico es que, en ese momento, Jesús no tiene duda de que es el Mesías, Hijo de Dios, y de cómo se va a realizar su misión, por lo que su respuesta al enemigo es clara y firme.

Podemos imaginar que en las largas noches de oración, en diálogo con su Padre -que también se realizarían antes de la vida pública-, Jesús, como hombre, asimiló y perfiló su identidad y su misión, que, desde luego, como Dios, tenía perfectamente clara. De nuevo se trata del proceso de asimilación que realiza la conciencia humana de Jesús de lo que el yo divino, el único de Jesús, sabe perfectamente. Es lo que podemos atisbar de ese misterio de la psicología de Jesús y del conocimiento humano del que era Hijo de Dios.

Otro momento de tentación, y podemos pensar que de manifestación del discernimiento de Jesús, es la reacción de Pedro ante la proclamación de Jesús de que su destino pasa por la pasión y la muerte (Mt 16,21-26). En la opción de rechazo a la pasión que representan las palabras de Pedro, Jesús reconoce la tentación del enemigo y se reafirma en el modo concreto de su misión salvadora. No se trata de que en ese momento tenga que realizar el discernimiento de su misión porque la objeción de Pedro le haga dudar, sino que se trata de que manifiesta claramente que ya ha asimilado, como hombre, que es el Hijo de Dios, el Mesías; y a la vez de que, a imagen del Siervo de Yahvé, va a dar la vida para salvar a los hombres (cf. Mc 10,45, después del tercer anuncio de la pasión).

Este episodio [de Mt 16] como el de las tentaciones manifiesta la soberana lucidez de Jesús en el discernimiento de espíritus. Sabiendo exactamente a dónde le lleva el Espíritu que le anima, descubre inmediatamente la intervención de su adversario y lo confunde⁵.

Un tercer momento en el que se manifiesta el discernimiento de Jesús es la oración del Huerto (Mt 26,36-46)⁶. Su debilidad

humana se estremece ante la pasión inminente. Y también se estremece por el misterio de la compasión de Cristo que, en ese momento, acepta cargar con los pecados de la humanidad (cf. 1Pe 2,24) y acepta la obediencia dolorosa de los hombres pecadores (cf. Heb 5,7-8). Aparece con fuerza la posibilidad de que «pase de él ese cáliz» (Mt 26,39). Pero Jesús afronta esa tentación en oración y diálogo confiado con su *Abbá* (Mc 14,36). Le vemos hacer lo que recomienda a sus discípulos: «Velad y orad para no caer en la tentación» (Mt 26,41). Y, en esa larga y dura noche de oración, acepta plenamente la voluntad del Padre. Podemos decir que, en el momento más dramático de su existencia, ha vuelto a aplicar el discernimiento que aparece claramente resuelto en las tentaciones del desierto y en la tentación que le plantea Pedro. No parece exagerado pensar que este discernimiento se fue abriendo paso y clarificando ya en la vida oculta y en los mismos ratos de oración que mantuvo en la vida pública, en los que el conocimiento y la voluntad humanas de Jesús se fueron empapando de lo que su yo divino (el único de Cristo) tenía claro desde la eternidad⁷.

De este modo podemos ver la importancia del discernimiento que hace Cristo de su identidad y misión, y podemos atisbar el misterio de su conciencia humana que, como siempre, nos ayuda también en nuestro discernimiento.

El discernimiento necesario de la persona de Jesús

Jesús se presenta a sí mismo como Mesías, Hijo de Dios y Salvador. Él muestra la voluntad de Dios y ofrece la salvación porque es el Hijo de Dios que conoce al Padre y viene del Padre. Esa presentación hizo inevitable que los que se encontraron con él -y todo el que lo conoce a lo largo de los siglos- realizaran un discernimiento para aceptar o rechazar la «pretensión» de Jesús de ser Hijo de Dios y Salvador, y de convertirse en «mi Señor y mi Dios» (cf. Jn 20,28). Este discernimiento recorre todas las páginas del Evangelio y en el acierto o el error de ese discernimiento nos

jugamos la salvación. «Jesús se presenta en los Evangelios como el *objeto fundamental, esencial, del discernimiento espiritual*»[8](#).

Sin pronunciar nunca la palabra, los evangelios suponen constantemente un discernimiento de espíritus. Porque son escritos para mostrar cómo se ha revelado el secreto de Jesús, su verdadera personalidad, su filiación divina. Pero esta revelación no se impone por sí misma; ella es el objeto de un discernimiento. Y este discernimiento consiste en reconocer en la persona y en la acción de Jesús el poder del Espíritu de Dios y la ausencia del espíritu malvado [...] En efecto, cuando Jesús aparece obliga inmediatamente a todos aquellos con los que se encuentra a plantearse la cuestión de dónde viene, cuál es el espíritu que le anima y el poder del que dispone [...] Toda su obra consiste en despertar en los hombres esta mirada que, en la fe, discierne por fin el secreto de su persona y de su misión[9](#).

En este sentido es muy significativo el reproche de Jesús a los fariseos que no saben «distinguir» los signos del tiempo en que viven, los signos del Mesías que son los milagros. Tienen discernimiento para las realidades cotidianas y no lo emplean -o no lo quieren emplear- para el acontecimiento de salvación que tienen ante sus ojos:

Se le acercaron los fariseos y saduceos y, para ponerlo a prueba, le pidieron que les mostrase un signo del cielo. Les contestó: «Al atardecer decís: “Va a hacer buen tiempo, porque el cielo está rojo”. Y a la mañana: “Hoy lloverá, porque el cielo está rojo oscuro”. ¿Sabéis distinguir el aspecto del cielo y no sois capaces de distinguir los signos de los tiempos?» (Mt 16,1-3).

De los enfrentamientos de Jesús con sus adversarios (p. ej. Mt 12) se pueden extraer importantes criterios de discernimiento[10](#):

- Jesús es más que el templo y que el sábado y por eso sus discípulos pueden trasgredir las normas del sábado (vv. 1-8).
- La verdadera comprensión de la Escritura («quiero misericordia y no sacrificio») lleva a una actitud diferente a la que tienen sus oponentes (v. 7).
- La caridad está por encima de las normas del sábado (vv. 9-13).
- El demonio no lucha contra sí mismo, el que va contra el demonio tiene el Espíritu de Dios (vv. 22-30).

-El gran signo para creer: la predicación de Jesús y su resurrección. No es lícito exigir otros signos (vv. 38-42).

Los milagros de Jesús tienen un importante valor en el discernimiento de la persona de Jesús, «ellos atestiguan que Jesús es el Mesías anunciado (cf. Lc 7,18-23) e «invitan a creer en Jesús» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 547-548). Podemos señalar de un modo especial el milagro de la curación del parálítico que sirve para «probar» que Jesús puede perdonar pecados, algo que sólo Dios puede hacer (Mc 2,1-12), y la respuesta que da Jesús a los enviados del Bautista, que necesita confirmar si Jesús es el Mesías (Lc 7,18-23).

Pero los milagros no pueden vencer la cerrazón de los que no quieren convertirse (cf. el reproche a las ciudades donde ha hecho la mayoría de sus milagros en Mt 11,20-24), incluso pueden ser malinterpretados como signos de que Jesús actúa con el poder del demonio (Mt 22,24). Los milagros son elementos para el discernimiento sobre Jesús, pero no eliminan ni el discernimiento ni la fe¹¹.

También en la enseñanza de Jesús aparecen afirmaciones que son verdaderos signos de que Jesús se identifica a sí mismo como más que un profeta, como el Mesías y el Hijo de Dios. Esas enseñanzas obligan a hacer el discernimiento de aceptar su enseñanza y lo que implica o de desechar su pretensión como la de un loco:

-En Mt 5,21-48, Jesús se pone por encima, no de las tradiciones de los mayores (Mc 7,1-22), sino de la misma ley de Moisés.

-Sus discípulos, al contrario de los fariseos que aún esperan al Mesías, no pueden ayunar, porque «el esposo» ya está con ellos (Mc 2,18-21).

-Jesús pide una adhesión plena a su persona, de esa adhesión depende la salvación:

A quien se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos. Y si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los cielos (Mt 10,32-33).

El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará (Mt 10,37-39).

-Jesús pone la función y la eficacia de su nombre en el mismo nivel que tiene el nombre de Dios en el Antiguo Testamento [12](#):

Quien hace un milagro en mi nombre no puede luego hablar mal de mí (Mc 9,39).

Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre (Lc 10,17).

Un caso especial de este discernimiento de la persona de Jesús es el que hace Pedro cuando Jesús pregunta quién dice la gente que es él. Pedro da la respuesta exacta: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16). Y Jesús subraya que si lo ha hecho es porque se lo ha revelado el Padre del cielo. Sin esa ayuda no se puede conocer quién es Jesús [13](#).

La subida a Jerusalén, con los anuncios de la pasión, marca una nueva etapa en el discernimiento de espíritus. Ya no es suficiente saber que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, sino aceptar cómo se va a realizar su misión. Es lo que sucede inmediatamente después de la confesión que Pedro realiza movido por el Padre.

Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: «¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte». Jesús se volvió y dijo a Pedro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios» (Mt 16,22-23).

Por eso empieza a instruir a los discípulos acerca de su pasión y de la necesidad de unirse a él [14](#):

Dijo Jesús a los discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mt 16, 24).

Al final del Evangelio, fracasa estrepitosamente el discernimiento sobre la persona de Jesús del tribunal religioso judío, que condena al Hijo de Dios por blasfemo (Mt 26,65-66); el de Pilato, que condena a muerte a un inocente (Lc 23,22-24); el de Herodes, que sólo ve en él un milagrero o un loco (Lc 23,8-12); y el del mismo pueblo, que elige a Barrabás en vez de Jesús (Mt 27,21).

Los diversos intereses, prejuicios y presiones ayudan a comprender el tremendo error de todos estos personajes en el momento clave de discernir quién es Jesús. Y, sin embargo, la forma de morir de Jesús, se convierte para algunos en el signo que les ayuda a hacer el discernimiento de quién es realmente el que está clavado en la cruz:

El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15, 39).

Pero el otro [ladrón], respondiéndole e increpándolo, le decía: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (Lc 23,40-42).

Las apariciones del Resucitado son el signo definitivo para realizar el discernimiento de la persona de Jesús. El encuentro con el resucitado supone la aceptación plena de su divinidad, de su misión salvadora y del modo elegido por el Señor para salvarnos (cf. Lc 24,26-27.45-47), aunque el hecho de la resurrección también debe ser discernido adecuadamente (cf. Lc 24,11-12.22-24.37)[15](#).

Todo este discernimiento de la identidad y de la misión que recorre prácticamente la totalidad del Evangelio[16](#) es la base y el modelo del discernimiento que nosotros tenemos que hacer y el que debe realizar todo hombre que conoce a Jesús. De este discernimiento fundamental depende el resto de los discernimientos que hagamos, porque habremos aceptado o rechazado a Jesús como Señor, Verdad y Maestro.

Toda su obra en la tierra consistirá en inducir a los hombres a reconocer estos caminos [del Espíritu] y a practicar esta elección. Pero este discernimiento sólo es posible a condición de reconocer en él al Hijo. Enseñar a los hombres a vivir en el Espíritu, a vivir como hijos del Padre y a creer en el Hijo es una misma cosa[17](#).

Criterios para el discernimiento de espíritus en los evangelios

Quizá habría que comenzar diciendo que cada pasaje de los evangelios contiene criterios para nuestro discernimiento, porque todo lo que Jesús hace y dice, sus reacciones y comportamientos son para nosotros la norma para saber lo que coincide con la voluntad de Dios o lo que choca con ella. Por lo tanto, la lectura, comprensión y asimilación del Evangelio es una necesidad ineludible para el que quiera hacer discernimiento.

Donde encontramos una recomendación de tendencia, virtud o actitud, por parte de Jesucristo, hay también un criterio de lo que para nosotros ha de tener un significado positivo en el discernimiento espiritual, como de negativo lo contrario. En ello discernimos el Espíritu de Cristo, que es, como ya hemos dicho, el objeto fundamental de todo discernimiento espiritual. Lo que Él recomienda es de buen espíritu, corresponde a su voluntad. Lo que él reprocha o condena, no va según su voluntad, no es de buen espíritu¹⁸.

Los criterios evangélicos son asimilados por el cristiano a través de la meditación y contacto oracional con Cristo, bajo la acción del Espíritu Santo. Ellos van creando esa connaturalidad, la familiaridad que facilita el discernimiento espiritual¹⁹.

Es evidente que no podemos intentar recopilar aquí todos los posibles criterios de discernimiento que se pueden extraer de la meditación y contemplación de los evangelios, pero sí podemos señalar algunos que nos parecen más importantes:

a) Las bienaventuranzas

No se trata simplemente de que las bienaventuranzas clasifiquen a los hombres en dos categorías (lo cual puede deducirse más claramente de la presentación de Lc 6,20-26): los que entran en el reino de los cielos y los que no; sino de que los que las acogen pueden experimentar la alegría que aporta el Evangelio, de modo que esa experiencia de gozo, consuelo, perdón, plenitud que experimenta el que las vive (Mt 5,3-12) le confirman que ha entrado en el Reino de Dios. Y eso sólo es posible porque las

bienaventuranzas vienen de Jesús, y la presencia del Señor es lo que realiza su cumplimiento y nos da la experiencia de su verdad.

Pero, además, en las bienaventuranzas nos encontramos el retrato más perfecto de Cristo, que como hemos dicho, es el criterio fundamental de nuestro discernimiento.

b) Las parábolas

Las parábolas, por su misma estructura y función, son una invitación a la reflexión sobre la realidad del que las escucha, que invita a realizar un discernimiento personal iluminado por el relato que propone el Señor, y a tomar una decisión que afecta de forma radical a nuestra vida:

- Si somos sal viva o desalada (Mt 5,13).
- Si nuestro ojo esta oscurecido o es transparente (Mt 6,22-23).
- Si vamos por el camino fácil o el sinuoso (Mt 7,13-14).
- Si construimos nuestra vida sobre arena o sobre roca (Mt 7,24-27).
- Si somos buena semilla o cizaña (Mt 13,24-30).
- Si somos peces buenos o malos y qué será de nosotros al final de los tiempos (Mt 13,47-50).
- Si hemos sido llamados a la primera o a la última hora y qué jornal podemos esperar (Mt 20,1-16).
- Si somos obedientes sólo de palabra o si somos capaces de convertirnos (Mt 21,28-32).
- Si estamos dando el fruto que el dueño puede esperar de su viña (Mt 21,41).
- Si respondemos a la invitación al banquete de Dios o no (Mt 22,1-10).
- Si tenemos preparado el vestido de fiesta (Mt 22,12).
- Si nos identificamos con las vírgenes necias o prudentes, y si quedaremos dentro o fuera del banquete de bodas (Mt 25,1-13).

-Si somos responsables o no de los talentos recibidos (Mt 25,14-30).

Siempre se trata [en las parábolas], más allá del desarrollo natural de los acontecimientos y del trascurso ordinario del mundo, de saber reconocer la obra de Dios, combatida, escondida, obstaculizada, desfigurada, y sin embargo siempre a punto de madurar y desarrollarse. También se trata siempre de saber reconocernos y ponernos en nuestro lugar en esta obra, comprender de qué frutos ella es capaz, y a qué esterilidad le condena nuestro egoísmo. Comprender las parábolas es practicar este discernimiento. Para los que saben reconocerse en ellas y leer en ellas las exigencias del Reino, las parábolas son luz; para lo que las consideran como enigmas compuestos más o menos eruditamente, permanecen como letra muerta: «abren los ojos y no ven, aguzan el oído y no oyen» (13,13), y esta incapacidad para el discernimiento, esta ceguera incurable, al mismo tiempo que un justo castigo, es quizá el recurso supremo de una misericordia que les libra de pecar con plena luz²⁰.

c) Otros criterios

-Quizá uno de los criterios más prácticos para el discernimiento en general es el que ofrece el Señor para distinguir los maestros engañosos o falsos profetas de los buenos:

Cuidado con los profetas falsos; se acercan con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cosechan uvas de las zarzas o higos de los cardos? Así, todo árbol sano da frutos buenos; pero el árbol dañado da frutos malos. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañado dar frutos buenos. El árbol que no da fruto bueno se tala y se echa al fuego. Es decir, que por sus frutos los conoceréis (Mt 7,15-20).

Nos ayuda a juzgar, especialmente a los maestros y profetas de todo tipo, por su vida, por los frutos que da en la realidad, y no dejarnos embaucar por las palabras o las apariencias.

Pero este criterio puede extenderse a más realidades, incluso a nosotros mismos: los frutos indican lo que realmente somos. Si hay frutos malos, el árbol no puede estar sano. Los frutos nos indican lo que realmente son las personas y las instituciones.

Pero no hay que olvidar que el que una persona sea buena no significa que su doctrina sea siempre verdadera, ni que haya que despreciar una doctrina verdadera porque el que la pronuncia es pecador o injusto, porque la incoherencia de los predicadores los descalifica a ellos, pero no a una doctrina verdadera:

En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos dicen, pero no hacen (Mt 23,2-3).

-En Mt 25,31-46, más que una parábola, encontramos la descripción del juicio final anticipada por el Señor, podríamos decir del discernimiento definitivo de nuestra vida que hará el mismo Señor. Por eso es tan importante conocer el criterio de ese discernimiento y aplicarlo a nuestra vida ahora que estamos a tiempo:

«Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?». Él les replicará: «En verdad os digo: lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo». Y estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna (Mt 25,44-46).

Disposiciones evangélicas para el discernimiento de espíritus

Uno de los temas más importantes para el discernimiento, como hemos tratado más arriba, son las disposiciones necesarias en la persona que quiere descubrir la voluntad de Dios. Sin esas disposiciones, todo lo demás será inútil²¹:

-Para describir las malas disposiciones, que impiden realizar un correcto discernimiento, podemos servirnos de la parábola del sembrador (Mt 13, 4-8):

- Llevar una vida disipada o superficial, con ligereza, no dejando que la Palabra de Dios eche raíces en la propia vida.
- No estar dispuesto a afrontar las dificultades que pueda causar acoger la voluntad de Dios en la propia vida.
- Dejarse ahogar por las preocupaciones de este mundo, por la seducción del poder y las riquezas.

-Podemos resumir en dos las buenas disposiciones:

- La *humildad*: hacerse como un niño, abandonando preocupaciones, ambiciones y autosuficiencias, para confiar plenamente en Dios Padre y poner la atención sólo en Dios.

En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos (Mt 18,3).

Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños (Mt 11,25).

- El *deseo de cumplir la voluntad de Dios*. El que no quiere cumplir la voluntad de Dios se hace ciego para verla. No puede haber verdadero discernimiento de espíritus, si no tenemos un verdadero deseo de cumplir la voluntad de Dios.

Él les contestó: «A vosotros se os han dado a conocer los secretos del reino de los cielos y a ellos no. Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender. Así se cumple en ellos la profecía de Isaías: “Oiréis con los oídos sin entender; miraréis con los ojos sin ver; porque está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure”» (Mt 13,11-14).

El que esté dispuesto a hacer la voluntad de Dios podrá apreciar si mi doctrina viene de Dios o si hablo en mi nombre (Jn 7,17).

3. El discernimiento en las cartas de san Pablo

La experiencia de Damasco

Sin duda, la conversión de san Pablo (Hch 9,1-18; 22,4-16; 26,9-18; cf. Ga 1,13-17) supuso para él el momento determinante de su vida, que quedó totalmente transformada. En la conversión se encuentra ya el núcleo de su mensaje y de su misión²².

Este acontecimiento cambió radicalmente su visión sobre Cristo. Según lo dicho más arriba, podríamos afirmar que, gracias a la

experiencia que tuvo camino de Damasco, Pablo realizó un correcto discernimiento de la persona de Jesús: ya no es el blasfemo muerto en la cruz, fundador de un camino herético, sino el Señor resucitado, cabeza viviente de la Iglesia. Desde ese momento, Cristo es el centro de todo el universo y de su propia vida: «Para mí la vida es Cristo» (Flp 1,21). Cristo se va a convertir en el criterio firme y decisivo para juzgarlo todo: «Todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» (Flp 3,8).

La experiencia del amor gratuito que lo salva y lo elige sin merecerlo y la misión que se atisba en ese momento son los elementos claves que le ayudarán a discernir la verdad de la doctrina frente a los cristianos judaizantes y a tomar las decisiones que encajen con esa misión recibida:

Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate y ponte en pie, pues me he aparecido a ti precisamente para elegirte como servidor y testigo tanto de las cosas que de mí has visto como de las que te manifestaré. Te libraré de tu pueblo y de los gentiles, a quienes te envío para que les abras los ojos, y se vuelvan de las tinieblas a la luz y del dominio de Satanás a Dios; para que reciban el perdón de los pecados y parte en la herencia entre los que han sido santificados por la fe en mí (Hch 26,15-18).

El discernimiento en la vida cristiana según san Pablo

San Pablo necesita estar siempre vigilante, porque tiene que probar, sopesar, reconocer, rechazar, elegir... para reconocer la voluntad de Dios en las variadas circunstancias de su ajetreada vida apostólica. Por eso tiene que ejercer constantemente el discernimiento en su propia persona. Y, además, tiene que ayudar a las distintas comunidades que funda y dirige a que realicen los discernimientos concretos sobre los problemas que se les presentan y a que aprendan a discernir por ellas mismas la voluntad de Dios²³. Por eso, encontramos en san Pablo una amplia doctrina

sobre el discernimiento. Vamos a señalar y analizar brevemente los pasajes fundamentales.

1Tes 5,15-21

Os exhortamos, hermanos, a que amonestéis a los indisciplinados, animéis a los apocados, sostengáis a los débiles y seáis pacientes con todos. Mirad que nadie devuelva a otro mal por mal; esmeraos siempre en hacerlos el bien unos a otros y a todos. Estad siempre alegres. Sed constantes en orar. Dad gracias en toda ocasión: esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros. No apaguéis el espíritu, no despreciéis las profecías. Examinadlo todo; quedaos con lo bueno. Guardaos de toda clase de mal (1Tes 5,15-21).

En la exhortación final de la primera carta a los Tesalonicenses, el primer escrito de san Pablo y de todo el Nuevo Testamento, hallamos una serie de consejos prácticos para esta comunidad. Entre ellos aparece una clara exhortación al discernimiento: «Examinadlo todo; quedaos con lo bueno», que ya propone una clara relación entre discernimiento y elección. San Pablo les anima a que ese discernimiento se aplique a todo, a no dar nada por supuesto. Pero sería inútil esa actitud de vigilancia y análisis, si no fuera acompañada por la acogida de lo bueno, lo que es conforme a la voluntad de Dios, y, se supone, el rechazo de lo malo.

En la vida cristiana hay que examinarlo todo -con mayor o menor detalle, según su importancia- para poder seleccionar lo que es de buena o mala ley, lo mismo que se «prueba» y verifica una moneda²⁴.

Ciertamente, el apóstol no explica a los cristianos de Tesalónica cómo se realiza ese discernimiento, ni cómo se adquiere la capacidad para hacerlo. Pero es fácil deducir por el contexto que el discernimiento al que exhorta el apóstol es necesario para las demás tareas que tiene que realizar la comunidad:

- Amonestar a los indisciplinados...
- Hacer el bien unos a otros.
- Guardarse de toda clase de mal.
- Incluso para poder mantener constantemente la alegría y la acción de gracias.

-Ya se puede atisbar que este discernimiento se relaciona con reconocer y dejarse llevar por el «espíritu»²⁵ que no hay que apagar, porque «puede manifestar al cristiano en general, o a través de los carismas en particular, una particular inspiración en función del bien común»²⁶.

Sólo quien entra en este camino formativo de discernimiento y lo encarna permite que el Espíritu lo renueve interiormente para poder reconocer realmente la auténtica voluntad de Dios en todas las circunstancias de la vida personal y comunitaria²⁷.

1Co 11,27-29

De modo que quien coma del pan y beba del cáliz del Señor indignamente, es reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Así, pues, que cada cual se examine, y que entonces coma así del pan y beba del cáliz. Porque quien come y bebe sin discernir el cuerpo come y bebe su condenación (1Co 11,27-29).

San Pablo afronta el grave problema de la celebración de la eucaristía en la comunidad de Corinto en la que hay divisiones entre ricos y pobres (1Co 11,17-22). Después de recordarles la tradición que ha recibido sobre la última cena y las palabras del Señor (1Co 11,23-25), les exhorta seriamente a un doble discernimiento: de sí mismos y de lo que están realizando. De este modo supone que el cristiano puede y debe hacer ese doble discernimiento. Las consecuencias de ese discernimiento son tremendas, porque si uno no se da cuenta de que lo que come es realmente el Cuerpo de Cristo y de que no está en condiciones de recibirlo, come su propia condenación.

En la mente del Apóstol es indigno recibir la comunión sin sentirse afectado por ella, sin abrirse, sin replantear el hecho de que el Señor se ha entregado por mí, por todos nosotros a la muerte, y actualiza ahora y hace nuevamente presente su entrega. Aquel que se cierra a lo que aquí ahora se actualiza, aquel que toma parte sin participar, ofende al amor de Dios que está sacramentalmente presente y que se entrega. Al cerrarse se embota y embota este don de Dios en él. Y esto es lo peor que podemos hacer frente a este don²⁸.

Rm 12,1-2

Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto (Rm 12,1-2).

Con estos versículos empieza la exhortación moral de la carta a los Romanos. Y, enseguida, después de poner el objetivo de la vida cristiana en convertirnos en ofrenda viva, santa y agradable a Dios, aparece la oposición entre acomodarnos a este mundo (uno de los aliados del mal espíritu, como hemos visto) y una renovación de la mente que permite el discernimiento. Para san Pablo es claro que el discernimiento sirve para encontrar la voluntad de Dios. Y esa voluntad de Dios es lo bueno, que se identifica con lo que le agrada a Dios, lo perfecto. No basta con lo que nosotros llamamos «bueno», lo que no es pecado, sino la perfección en el amor que le agrada a Dios y que nos identifica con él (cf. Rm 13,10: «La plenitud de la ley es el amor»; Mt 5,48: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto»).

Una constante fundamental del discernimiento en san Pablo: discernir a Dios o su espíritu será siempre discernir su voluntad, sus caminos para el hombre y su Iglesia [...] La vida cristiana es un discernimiento perpetuo, una atención siempre despierta, sostenida por la doble tarea de guardarse de los caminos del pecado y buscar siempre lo mejor²⁹.

En otros lugares de los escritos paulinos aparece la renovación de la mente como don de Dios que tiene el cristiano³⁰, pero por el que tiene que trabajar:

Nosotros tenemos la mente de Cristo (1Co 2,16).

Os habéis despojado del hombre viejo, con sus obras, y os habéis revestido de la nueva condición que, mediante el conocimiento, se va renovando a imagen de su Creador (Col 3,9-10).

Despojaos del hombre viejo y de su anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras; renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas (Ef 4,22-24).

Si le preguntáramos a san Pablo dónde se realiza esa renovación, con toda seguridad que nos remitiría a lo dicho unos capítulos antes de esta carta a los romanos: es el bautismo el que nos incorpora a Cristo (cf. Rm 6,3-11). Gracias a esa renovación podemos discernir una voluntad de Dios que es inaccesible con los criterios del mundo:

Con el pensamiento renovado en Cristo, alcanzará la agudeza de discernimiento que le permitirá cumplir la voluntad de Dios... es necesaria una fuerza sobrehumana para distinguir el verdadero bien (a los ojos de Dios) del bien aparente³¹.

Ef 5,8-11

Antes sí erais tinieblas, pero ahora, sois luz por el Señor. Vivid como hijos de la luz, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz. Buscad lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien denunciándolas (Ef 5,8-11).

En esta ocasión el discernimiento aparece como «buscar lo que agrada al Señor». No se trata pues, como vamos viendo reiteradamente, de una simple búsqueda de lo que sigue la norma o de lo que no es pecado, sino de algo mucho más concreto y que se enmarca en la relación personal con Jesús: buscar lo que le agrada a él, lo que va más allá de toda norma, y se enmarca en la circunstancia personal del que busca agradar al Señor en todo momento.

A la hora de esa búsqueda, el cristiano tiene que saber que está inmerso en la lucha entre la luz y las tinieblas. Ha pasado de las tinieblas a la luz, es luz (cf. Mt 4,16) no por sí mismo, sino por el Señor (fundamentalmente por el bautismo), y tiene que vivir como hijo de la luz. El apóstol señala los frutos de la luz, que nos sirven también como criterios de discernimiento: bondad, justicia y verdad son los frutos de la luz recibida. Y nosotros podemos añadir que, si no aparecen esos frutos, hemos dado un paso atrás hacia las tinieblas y, desde luego, no podemos agradar al Señor.

Es esa luz recibida, y en la que se han convertido, la que permitirá a los cristianos el discernimiento de «lo que le agrada al Señor».

Semejante conducta como hijos de la luz, que produce el fruto de la luz, incluye un constante examinar y decidir... Al entregarse a examinar y decidir qué es lo agradable a Dios, los cristianos eligen y se deciden en favor de la luz de la que viven (y la luz que ellos son), y de tal forma que en lo bueno, justo y verdadero que ellos hacen, difunden la luz³².

La búsqueda de lo que le agrada al Señor no es sólo «intelectual», conlleva una lucha contra las obras de las tinieblas que hay que denunciar y rechazar. El cristiano tiene que estar permanentemente buscando la luz para vivir en ella y dar sus frutos, reconociendo la tiniebla para denunciarla y rechazarla.

Poco más adelante, san Pablo nos dice que es necesario «sacar a la luz» las obras que se hacen a ocultas, porque entonces se hará la luz:

Pues da vergüenza decir las cosas que ellos hacen a ocultas. Pero, al denunciarlas, la luz las pone al descubierto, y todo lo descubierto es luz (Ef 5,12-13; cf. Mt 10,26; Jn 3,20).

Flp 1,9-11

Y esta es mi oración: que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores. Así llegaréis al Día de Cristo limpios e irreprochables, cargados de frutos de justicia, por medio de Cristo Jesús, para gloria y alabanza de Dios (Flp 1,9-11).

Al comienzo de la carta a esta comunidad de Filipos, tan querida y valorada por el apóstol, en la acción de gracias que abre su escrito, lo que san Pablo pide es que esta comunidad crezca en discernimiento, aquí descrito como «penetración y sensibilidad para apreciar los valores».

Esta enseñanza del apóstol de los gentiles es de especial transcendencia porque, de alguna manera, nos habla del «órgano» del discernimiento, que es el amor. Más tarde veremos como el amor es también un criterio de discernimiento (cf. 1Co 13,1-3), pero ahora san Pablo nos hace descubrir que es el amor el que nos ayuda a crecer en la capacidad de captar los valores. El amor da la finura al discernimiento. Este amor es el fino tacto que es

necesario para captar los valores. Evidentemente se trata del amor cristiano que es participación del amor divino y, por tanto, un don.

Aparece por primera vez, en esta carta, «el fino tacto» que es necesario para el discernimiento. Y esta clarividencia nace del amor. Aquí nos encontramos ya en un grado superior en la articulación del discernimiento³³.

Sólo un amor tan dilatado puede tratar de empezar a reconocer, en un camino de alegría, de verdad y de libertad, la pluralidad y la originalidad de expresiones de la voluntad de Dios, y de lo mejor, en su dinamismo continuo. Un amor, don y fruto del Espíritu³⁴.

También aprendemos que esa capacidad de discernimiento puede (y debe) crecer. Según avanzamos en la caridad, nuestro discernimiento de la voluntad del Señor se hace cada vez más sensible, más detallado, seguramente más rápido y más seguro.

Y, por último, podemos señalar que este amor que discierne no sólo tiene una función práctica para nuestras decisiones cotidianas, sino que se mueve en el horizonte del juicio final y mira a la gloria de Dios como fin último.

Col 1,9-10

Por eso también nosotros, desde que nos enteramos, no dejamos de orar por vosotros y de pedir que consigáis un conocimiento perfecto de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual. De esa manera vuestra conducta será digna del Señor, agradándole en todo; fructificando en toda obra buena, y creciendo en el conocimiento de Dios (Col 1,9-10).

Como en el texto anterior de Flp 1,9-11, también aquí, en el comienzo de la carta a los colosenses, después de la acción de gracias del saludo inicial, san Pablo pide el don del discernimiento para los cristianos de Colosas, en este caso «un conocimiento perfecto de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual». Como puede verse, el apóstol no pretende que los cristianos se conformen con un conocimiento elemental o básico de la voluntad del Señor, sino «perfecto». Para esa tarea deben emplear toda sabiduría e inteligencia espiritual. Sabiduría no simplemente

humana, sino la sabiduría que viene de lo alto y que es espiritual porque la da el Espíritu Santo.

Aquí aparece claramente de nuevo la relación directa entre el discernimiento y la práctica: el conocimiento lleva a una conducta digna del Señor, que se manifiesta en unos frutos. También se afirma el crecimiento de ese discernimiento-conocimiento. Lo que quizá es nuevo en este texto paulino -y muy interesante- es la relación que hay entre el avance del discernimiento y la práctica: al avanzar en el conocimiento de la voluntad de Dios nuestra conducta se hace más digna del Señor; y esa puesta en práctica permite que el conocimiento crezca y, de nuevo, poder ajustar mejor nuestra conducta a lo que le agrada.

Hay un crecimiento humano que se alimenta del conocimiento de Dios y que, de rechazo, viene acompañado de un conocimiento más íntimo³⁵.

Ef 6,12

Nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire (Ef 6,12).

Aunque estas palabras de san Pablo no mencionan directamente el discernimiento, las recogemos aquí porque las empleará a menudo la tradición patrística sobre el discernimiento de espíritus. Como ya indicamos en su lugar, el discernimiento de espíritus no se refiere sólo a distinguir las tendencias que se dan en nuestra psicología, ni a contrarrestar las influencias del mundo. El discernimiento de espíritus necesita reconocer la influencia del enemigo, de tal modo que es consciente de estar en una verdadera batalla contra el demonio y sus malas artes. En esa lucha desigual el hombre necesita la ayuda de Dios, las armas de la fe (cf. 6,12-18), entre las cuales la tradición pondrá el discernimiento como una de las más necesarias, como veremos más adelante.

2Co 11,13-14

Esos tales son falsos apóstoles, obreros tramposos, disfrazados de apóstoles de Cristo; y no hay por qué extrañarse, pues el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz.

Tampoco este texto se refiere directamente al discernimiento. Pero debemos señalarlo porque esta afirmación de san Pablo tendrá una gran importancia en el desarrollo posterior de la doctrina del discernimiento de espíritus y será continuamente recordado. Esta capacidad del demonio de engañar disfrazándose de ángel de luz hará necesario un discernimiento muy afinado de aparentes luces y gracias en la vida espiritual.

El carisma del discernimiento de espíritus

Nos enfrentamos ahora a un texto clave de la doctrina del discernimiento de espíritus, pero que no se refiere al discernimiento espiritual accesible y necesario para todo cristiano -del que hemos hablado hasta ahora-, sino del discernimiento como un carisma especial que se concede sólo a algunos, a los cristianos perfectos o espirituales. Es un don gratuito que se otorga, no a una clase privilegiada, sino a los que han crecido en una verdadera experiencia espiritual.

Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu... A este se le ha concedido hacer milagros; a aquel, profetizar. A otro, distinguir los buenos y malos espíritus (1Co 12,4.10).

San Pablo, al enumerar los carismas que el Espíritu Santo da por el bien de la comunidad, menciona el carisma de distinguir los buenos y los malos espíritus. Este discernimiento se coloca muy de cerca del don de profecía, que también sirve para revelar el secreto de los corazones. Este don del discernimiento, capacita para reconocer, bajo su influencia, qué espíritu habla o actúa en cada uno; ayuda a la comunidad a discernir lo que viene del Espíritu de Dios o de un espíritu contrario y, consiguientemente, lo que está o no está de acuerdo con la voluntad de Dios.

Aunque esté en la lista de carismas de 1Co 12,4-11, no supone, como otros, una manifestación espectacular, sino un servicio para bien de la comunidad.

El don de discernimiento puede imponerse por sí mismo, por lo que proporciona de penetración, seguridad y lucidez, sin que conlleve ningún estado extraordinario³⁶.

Criterios de discernimiento de espíritus en san Pablo

También podemos extraer de las cartas de san Pablo, como hacíamos con la enseñanza evangélica, algunos criterios concretos para el discernimiento³⁷.

Ga 5,17-23: Los frutos del Espíritu

Se trata de un criterio enormemente práctico y concreto (como el de Mt 7,15-20), en el que san Pablo ofrece una lista de los frutos de la carne y del Espíritu. Toda la tradición cristiana empleará los elementos de esta lista para detectar el buen espíritu y el mal espíritu que actúa en el corazón del hombre.

Yo os digo: caminad según el Espíritu y no realizaréis los deseos de la carne; pues la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne; efectivamente, hay entre ellos un antagonismo tal que no hacéis lo que quisierais. Pero si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, discordia, envidia, cólera, ambiciones, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, orgías y cosas por el estilo. Y os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen estas cosas no heredarán el reino de Dios. En cambio, el fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí. Contra estas cosas no hay ley (Ga 5, 17-23).

Aparece claramente el antagonismo entre el Espíritu Santo y la carne, que representa al hombre pecador, cerrado a la gracia y contrario a la voluntad de Dios. Esa oposición hará más fácil discernir los espíritus que están detrás de los frutos que aparecen en el hombre.

1Co 13,1-3: El amor

Aquí tenemos otro criterio fundamental para el discernimiento (que aparecía como el primer elemento de la lista de Ga 5): el amor.

Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde. Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada. Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría (1Co 13,1-3).

Como hemos visto al comentar el texto de 1Co 12,10, san Pablo enumera una serie de carismas que aparecen en la comunidad, entre los que estaba el don del discernimiento de espíritus. Después de plantear la necesidad de la unidad de todos los miembros y carismas en el único cuerpo que es Cristo, presenta el amor como «camino más excelente» (1Co 12,31), y el amor como criterio para discernir los mismos carismas. Los versículos que siguen ayudan a discernir el amor verdadero:

El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (1Co 13, 4-7).

Lo que san Pablo aplica a los carismas se puede y se debe aplicar a todas las obras del cristiano y de la Iglesia, a todos los impulsos y propósitos del cristiano: si no son movidos por el amor y no llevan al amor, no sirven para nada.

Debemos recordar de nuevo que este amor va más allá de la capacidad humana de amar, y se alimenta del amor que recibimos de Dios y de la capacidad de amar como él, que nos da el haber recibido el Espíritu Santo:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rm 5,5).

1Co 12,3: La verdadera fe en Jesús

Por ello os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios dice: «¡Anatema sea Jesús!»; y nadie puede decir: «¡Jesús es Señor!», sino por el Espíritu Santo (1Co 12,3).

San Pablo tiene que salir al paso de fenómenos extáticos que aparecían en la comunidad de Corinto, especialmente en las celebraciones, y que había que determinar si eran o no manifestaciones del Espíritu.

La forma más o menos impresionante de la vivencia religiosa carece en definitiva de importancia ante la verdadera profesión de fe. Allí donde hay una manifestación de piedad entusiasta y exaltada, sólo sabremos que procede de la verdad cuando confiesa y proclama que Jesús es el Señor [38](#).

La profesión de la fe verdadera en Jesús es signo inequívoco de la acción del Espíritu Santo. Por el contrario, la negación de esa fe es señal de la ausencia de ese Espíritu. Ciertamente profesar que «Jesús es el Señor», no consiste en repetir una fórmula de forma inconsciente, sino en aceptar la identidad de Jesús y adherirse a él como Señor en la fe y el amor.

Ese criterio es especialmente útil para distinguir a los falsos apóstoles. San Pablo es muy contundente en este punto, debido al daño que los falsos apóstoles han hecho a los gálatas:

Pues bien, aunque nosotros mismos o un ángel del cielo os predicara un evangelio distinto del que os hemos predicado, ¡sea anatema! Lo he dicho y lo repito: Si alguien os anuncia un evangelio diferente del que recibisteis, ¡sea anatema! (Ga 1,8-9; cf. 2Co 11,4).

1Co 12,4-7: El bien de la comunidad

Y hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común (1Co 12,4-7; cf. 1Co 14,4-6).

Seguimos en la exhortación que hace san Pablo para salir al encuentro del problema que manifiestan los diversos carismas que surgen en la comunidad de Corinto.

Aquí radica precisamente la gran falta que han cometido hasta ese instante los corintios con sus dones espirituales: que sólo habían visto o buscado en ellos su propio provecho, o su solaz, o su gloria³⁹.

De la solución del apóstol a este problema surge un criterio fundamental para discernir los carismas: si sirven para el bien común, para la edificación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, y colaboran a la unidad en Cristo, es que realmente son una manifestación del Espíritu.

Sería un error pernicioso entender la gracia, que a cada cual se le ha dado de forma totalmente gratuita e inmerecida, como propiedad exclusiva; es preciso no perder nunca de vista la comunidad. Cuando a alguien se le gratifica, es de cara al provecho común⁴⁰.

2Co 12,9-10: La fuerza en la debilidad

«Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad». Así que muy a gusto me gloríe de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2Co 12,9-10).

Y si no, fijaos en vuestra asamblea, hermanos: no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; sino que, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor (1Co 1,26-29).

Yo mismo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado. También yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1Co 2,1-5).

Cuando se da una desproporción entre los medios y los frutos, cuando el éxito apostólico no se basa en las capacidades humanas del apóstol, sino que surge de la debilidad, entonces tenemos un signo claro de que está actuando la fuerza de Dios.

Es norma de la acción divina sobre el hombre que la infinita fuerza que Dios otorga sólo se manifieste en todo su esplendor cuando el hombre no puede exhibir nada de su propia cosecha⁴¹.

Los corintios pueden ver confirmada esta ley de la gracia, que contradice todas las esperanzas y estimaciones humanas, no sólo en sí mismos, es decir, viendo de qué miembros se compone su comunidad. La primera actuación de Pablo en Corinto les ofrece una excelente lección directa y palpable sobre este extremo⁴².

Flp 4,8-9: tened en cuenta todo lo bueno

Finalmente, hermanos, todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta. Lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis, visteis en mí, ponedlo por obra. Y el Dios de la paz estará con vosotros (Flp 4,8-9).

Las exhortaciones finales del apóstol san Pablo a su querida comunidad de Filipos nos sirven también a nosotros para cerrar esta enumeración de criterios de discernimiento en los escritos paulinos. No se trata tanto de una lista de frutos como la de Ga 5, sino de actitudes que hay que tener en cuenta, no necesariamente religiosas. El mismo apóstol se pone como ejemplo y criterio (cf. 1Co 4,16). El resultado de ese discernimiento, puesto por obra, será la comunión con Dios y el don de su paz.

4. El discernimiento en el cuarto evangelio y en las cartas de san Juan⁴³

La diferente presentación del discernimiento en el cuarto evangelio y en la primera carta de san Juan

La doctrina del discernimiento sobre la identidad de Jesús del evangelio de san Juan y de la primera carta de san Juan, está en continuidad con la de los evangelios sinópticos⁴⁴ y la de san Pablo. Ambos escritos joánicos se refieren al discernimiento que lleva a la confesión de Jesús como el Verbo de Dios venido en la carne; ambos tratarán de mostrar cómo sólo en Jesús el hombre encuentra la salvación.

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre (Jn 20,31).

En esto podréis conocer el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios: es del Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo (1Jn 4,2-3).

Las diferencias aparecen en la presentación y en la perspectiva que adopta cada uno de estos escritos:

El Evangelio de san Juan:

- No conoce ni el término «discernimiento», ni la situación de mezcla de luz y de oscuridad que hace necesaria esta tarea.
- Se trata del evangelio más teológico de los cuatro, y nos quiere mostrar la cuestión fundamental: la confesión de Jesús como el Mesías, el Hijo de Dios.

-Muestra la presencia del Verbo hecho carne que realiza en sí mismo la separación entre los que discernen correctamente su identidad (le confiesan como el Hijo de Dios) y los que permanecen ciegos (los que le rechazan).

La primera carta de san Juan:

-En ella aparece numerosas veces el concepto del discernimiento y es uno de sus temas más importantes.

-Procura distinguir en la práctica los que son de Cristo y los que no lo son a través de sus comportamientos y de su modo de vida.

Y entre estas dos perspectivas podemos colocar el discurso de la cena, en el que hace aparición el Espíritu Santo como el que hará posible la confesión del Hijo de Dios hecho hombre en la propia vida.

El discernimiento de la persona de Jesús en Jn

Como los sinópticos, el cuarto evangelio nos presenta el reto que tiene todo hombre ante la persona de Jesús. No hay más remedio que tomar postura ante él: o se cree en él como Mesías e Hijo de Dios o se lo rechaza. Se puede mostrar este discernimiento fundamental en algunos de los encuentros con Jesús que aparecen en el evangelio de san Juan:

Los primeros discípulos

Al día siguiente, determinó Jesús salir para Galilea; encuentra a Felipe y le dice: «Sígueme». Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encuentra a Natanael y le dice: «Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, hijo de José, de Nazaret. Natanael le replicó: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Jn 1,43-46).

Natanael tiene que superar el prejuicio hacia los galileos y los esquemas preestablecidos sobre el origen del Mesías. La experiencia de saberse conocido personalmente por Jesús será la que

le mueva a realizar rápidamente el discernimiento de la identidad de Jesús, que le conduce a una confesión contundente:

Natanael le contesta: «¿De qué me conoces?». Jesús le responde: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi». Natanael respondió: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel» (Jn 1,48-49).

Pedro y los Doce

Entonces Jesús les dijo a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,67-68).

Cuando, después del discurso del pan de vida, la mayoría de sus discípulos le abandonan, Jesús plantea a los apóstoles la necesidad de elegir libremente si abandonarle o quedarse. Pedro no puede dejar de reconocer la vida eterna que transmiten las palabras de Jesús. Y en ese reconocimiento basa su elección.

Los judíos y el ciego de nacimiento

Oyó Jesús que lo habían expulsado (al ciego que había curado), lo encontró y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?». Él contestó: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?». Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ese es». Él dijo: «Creo, Señor». Y se postró ante él. Dijo Jesús: «Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos». Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: «¿También nosotros estamos ciegos?». Jesús les contestó: «Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís “vemos”, vuestro pecado permanece» (Jn 9,35-41).

La manifestación de Jesús, luz del mundo (cf. Jn 8,12), da al ciego no sólo la vista, sino la fe. Pero esa misma manifestación vuelve ciegos a los fariseos porque no están dispuestos a creer en los signos que realiza Jesús.

Nicodemo

Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el

que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios. Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios (Jn 3,17-21).

Es la misma luz la que ilumina y ciega, y es la actitud previa de cada uno la que hace que se acoja o se rechace la luz, según se obre la verdad o el mal. Y en esta aceptación de Jesús como luz (cf. Jn 1,4-11) se juega la salvación o la condenación, fruto de nuestra elección.

El cuarto evangelio muestra en cada uno de los gestos de Jesús que es el Verbo de Dios hecho hombre; por eso provoca el discernimiento desde el comienzo de la vida pública de Jesús. Mientras que en los sinópticos la revelación de Jesús y el discernimiento de su identidad son más progresivos y reflejan mejor la complejidad de los caminos espirituales, el evangelio de san Juan presenta de forma más patente la identidad de Jesús y hace más urgente la necesidad de realizar este discernimiento y las consecuencias que tiene. Puede decirse que, ante la manifestación del Verbo en Jesús, el discernimiento es automático y radical; y se revela con toda claridad el principio que mueve los corazones: Dios o el diablo.

Jesús les contestó: «Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque yo salí de Dios, y he venido. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió. ¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre... El que es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no escucháis, porque no sois de Dios» (Jn 8,42-44.47).

Como en los sinópticos, la pasión es el momento en que se manifiesta públicamente el discernimiento sobre Jesús. En la condena y la muerte se descubren los grados de responsabilidad de cada uno de los actores, incluido Judas. La pasión manifiesta la gloria del Padre (cf. Jn 17,1.5).

La Iglesia recibe de Cristo crucificado el Espíritu (cf. Jn 19,30) y con él el secreto del discernimiento infalible que poseía Jesús. Es lo que había anunciado en la última cena.

También en los relatos de las apariciones, los signos ayudan a discernir la presencia del Resucitado⁴⁵, y ese discernimiento ilumina definitivamente a los discípulos: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20,28). El Resucitado derramará sobre ellos el Espíritu, prometido en la última cena, para que cumplan su misión (Jn 20,21-23).

El discernimiento en el discurso de la última cena

En el discurso de la última cena Jesús promete el don del Espíritu a sus discípulos (cf. Jn 7,39), que les ayudará a realizar el discernimiento necesario en la búsqueda de la voluntad de Dios. De este modo, el Espíritu no es simplemente lo que hay que discernir, sino el protagonista del discernimiento, el que nos permite realizar el discernimiento de Cristo y de la voluntad de Dios.

- El Espíritu Santo es un Paráclito, un abogado intercesor, que los discípulos tienen, pero el mundo no puede recibir (Jn 14,16-17).
- Es el «Espíritu de la verdad» (Jn 14,16; 15,26).
- No habla por su cuenta, sino de lo que recibe de Jesús (Jn 16,15).
- Les recordará y les enseñará todo lo que Jesús ha dicho (Jn 14,16).
- Les permitirá dar testimonio (Jn 15,27).
- Realiza el juicio y la condena del mundo y del príncipe de este mundo (Jn 16,8-11).
- Llevará a los discípulos a la verdad plena (Jn 16,13), comunicará lo que no podían entender cuando estaban con Jesús (Jn 16,12) y lo que está por venir (Jn 16,13).

Jesús sigue siendo la norma fundamental del discernimiento cristiano. El Espíritu Santo no aporta ninguna doctrina nueva, ni un evangelio superior. Pero el Espíritu Santo es el que ayuda a recordar, profundizar y aplicar la enseñanza de Jesús. Es el que nos permitirá derrotar al espíritu de este mundo.

El discernimiento en la primera carta de san Juan⁴⁶

La enseñanza sobre el discernimiento en la primera carta de san Juan está en perfecta continuidad con lo que enseña el cuarto evangelio sobre esta materia. La carta pone en paralelo las condiciones de la comunidad cristiana con las de la vida de Jesús. Y, según este modelo, aplica a la vida concreta de la Iglesia las reglas que surgen de la doctrina del discernimiento que contiene el relato evangélico.

Por ejemplo, cuando Jesús critica a los judíos que no creen en él, afirma que han caído en la mentira de su padre, el diablo: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo... Cuando dice la mentira, habla de lo suyo porque es mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44). Ahora el apóstol aplica el mismo calificativo a los herejes que perturban a la comunidad negando que Jesús sea el Cristo: «¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ese es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo» (1Jn 2,22).

Podemos intentar describir el mensaje del discernimiento que contiene la primera carta de san Juan:

-De nuevo, como en san Pablo y en el cuarto evangelio, aparece la importancia del amor para el discernimiento, en este caso el amor concreto al hermano como señal clara de la veracidad de nuestra relación con Dios:

Si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve (1Jn 4,20).

El fundamento de la importancia del amor (practicado, no teórico) en este discernimiento es clara: Dios mismo es amor.

Queridos hermanos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor (1Jn 4,7-8).

-La referencia a la experiencia de Cristo, exterior e interior, seguirá siendo imprescindible para el cristiano:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1Jn 1,13).

En esto podréis conocer el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios: es del Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo (1Jn 4,2-3).

Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios (1Jn 4,15).

La realidad del Verbo encarnado, con todo lo que dijo e hizo, accesible por el testimonio apostólico, es el gran criterio de discernimiento (como veíamos al analizar los evangelios sinópticos). El que niega esta realidad del Hijo de Dios, venido en carne, palpable, se ha dejado llevar por el mal espíritu.

-En la carta aparece con fuerza la presencia del Espíritu Santo en la vida cristiana (el que anuncia Jesús en la última cena). Hemos recibido el Espíritu y la presencia del Espíritu en nosotros, que es signo de que estamos unidos a Dios:

En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu (1Jn 4,13; cf. 3,24).

En cuanto a vosotros, estáis unidos por el Santo, y todos vosotros lo conocéis (1Jn 2,20).

-El Espíritu Santo recibido es el que nos enseña, el que nos ayuda a discernir (cf. Jn 14,16).

Y en cuanto a vosotros, la unción que de él habéis recibido permanece en vosotros, y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero como su

unción os enseña acerca de todas las cosas -y es verdadera y no mentirosa-, según os enseñó, permaneced en él (1Jn 2,27; cf. 5,6).

-Pero es preciso un análisis lúcido y crítico de las experiencias espirituales, porque al existir varios espíritus, esas experiencias pueden no ser auténticas.

Queridos míos: no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo (1Jn 4,1).

(Este texto tiene importancia, además, porque en él se menciona de forma explícita el «discernimiento de espíritus», como en 1Co 12,10).

-Para discernir si permanecemos en Dios y la veracidad de que hemos recibido el Espíritu, sigue siendo necesaria la práctica de los mandamientos, que en esta carta (como en el resto del Nuevo Testamento), se concentran en el mandamiento del amor:

Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó. Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio (1Jn 3,10.23-24; cf. 4,21; 5,2-3).

En esto sabemos que lo conocemos: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: «Yo lo conozco», y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud. En esto conocemos que estamos en él. Quien dice que permanece en él debe caminar como él caminó (1Jn 2,3-6).

-La experiencia del Espíritu no puede contradecir la enseñanza de los apóstoles:

Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el Espíritu de la verdad y el espíritu del error (1Jn 4,6).

El rasgo más remarcable de la doctrina joánica sobre el discernimiento de espíritus es su carácter sintético y global: es un conjunto en el que todo se sostiene. Es mucho más que un equilibrio entre tendencias diversas sabiamente calculado; es una visión nuclear que, sin sacrificar ninguno de los elementos de la experiencia cristiana, les da todo

su valor al relacionarlos: confesión dogmática, autoridad de la Iglesia, fidelidad concreta a la caridad, necesidad de la experiencia interior, comunión con las personas divinas. Todos estos elementos van juntos, todos deben ser acogidos sin reservas y desarrollados sinceramente. Si falta alguno de ellos, podemos estar seguros de que también fallan los demás⁴⁷.

NOTAS

¹ Ruiz Jurado, *El discernimiento espiritual*, 9-11, añade otras exhortaciones al discernimiento: Ef 5,10; Rm 12,2; Ga 6,3-4; Flp 1,9-10; Heb 5,14.

² Sayés, José Antonio, *Señor y Cristo*, Pamplona 1995 (EUNSA), 393.

³ Sayés, *Señor y Cristo*, 398.397.

⁴ Sayés, *Señor y Cristo*, 399. «Desde el momento de la Encarnación era, como lo afirma nuestra fe, verdaderamente el Hijo de Dios y el Hijo de María. Con todo, como nos dice la Sagrada Escritura, fue tentado como nosotros, creció en sabiduría y gracia, aprendió la obediencia mediante el sufrimiento [...] En su consciencia divina toda la verdad era plenamente comprendida desde la eternidad. En su consciencia humana, sin embargo, tuvo necesidad de crecer y descubrir como nosotros lo hacemos. Por supuesto que es profundamente misterioso que Jesús posea dos naturalezas, que sea divino y a la vez totalmente humano. Jamás podremos entender con nuestra razón cómo es posible tal unión. Pero tampoco podemos solucionar el misterio a base de negar una de las verdades reveladas» (Green, *La cizaña entre el trigo*, 56).

⁵ Guillet, *Discernement des esprits*, Dans L'Écriture, 1236.

⁶ Podríamos encontrar otras manifestaciones de ese discernimiento de Jesús cuando no se deja acaparar por los que quieren retenerlo (Lc 4,42-43), o cuando se aleja porque quieren hacerlo rey después de la multiplicación de los panes (Jn 6,15). ¿No podría manifestar el discernimiento afinado de Jesús las ocasiones en las que rehúye el martirio porque no ha llegado su hora (Jn 7,30; 8,20) y la claridad con la que reconoce la misma (Jn 12,23.27; 13,1; 17,2; Mc 14,41; Mt 26,18.45)?

⁷ «Con todo, también está clarísimo que existe algo muy diferente acerca del Jesús de los Evangelios: lo presentan poseyendo un especialísimo e inequívoco sentido de su identidad y misión, sobre todo en algunos pasajes, como las confrontaciones con los fariseos (Jn 5,7,8), su discurso de la Última

Cena (Jn 13,31-16,33) y su oración sacerdotal al Padre (Jn 17). Aunque aparece más destacado en el evangelio de Juan este elemento particularísimo de fuerte convicción y seguridad personal lo encontramos también en los sinópticos (p. ej. Mc 7; Mt 11; Lc 9). Y en mi opinión a esto apunta Guillet al hablar del contraste entre el discernimiento «infallible» de Jesús y nuestro discernimiento «tentativo» = a tientas y relativo» (Green, *La cizaña entre el trigo*, 56-57).

8 Ruiz Jurado, *El discernimiento espiritual*, 23. «Jesús es el objeto fundamental del discernimiento; porque en el discernimiento de Jesús van incluidos en algún modo todos» (p. 24).

9 Guillet, *Discernement des esprits*, Dans L'Écriture, 1231-1233.

10 Lo mismo podría decirse de las largas controversias de Jesús con los «judíos» en el cuarto evangelio, por ejemplo: Jn 5,31-47: el testimonio sobre Jesús; Jn 6,30: qué signo hace Jesús para creer en él; Jn 7,15ss: ¿de dónde viene su doctrina?; Jn 8,25ss: «¿Quién eres tú?» Jesús es anterior a Abrahán. Jesús no se glorifica a sí mismo; Jn 10,31ss: Jesús es el Hijo de Dios que hace las obras del Padre.

11 Es más, en muchas ocasiones la fe es necesaria para que Jesús pueda realizar el milagro (cf. Mc 6,6).

12 Esta forma de equiparar el uso del nombre de Jesús con el de Dios es aún más clara en el cuarto evangelio. Véase p. ej.: creer en su nombre (Jn 2,23; 3,18; cf. 20,31); pedir en su nombre (14,13-14; 15,16; 16,23-24,26); el Padre enviará el Espíritu en su nombre (14,16); serán perseguidos a causa de su nombre (15,21).

13 Cf. fuera de los sinópticos: «Nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede» (Jn 6,65); «Nadie puede decir: «¡Jesús es Señor!», sino por el Espíritu Santo» (1Co 12,3).

14 Seguramente el episodio de la Transfiguración, situado poco después del anuncio de la pasión, es un elemento de discernimiento para que los discípulos puedan comprender y aceptar la cruz: «De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su éxodo, que él iba a consumir en Jerusalén» (Lc 9,30-31).

15 También en las apariciones que relata el cuarto evangelio aparece la necesidad de discernimiento de los signos de la resurrección (Jn 20,2.11-15.25) y el encuentro con Cristo como signo definitivo que lleva al discernimiento definitivo de quién es Jesús: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20,28).

16 Cabría señalar como en los evangelios de la infancia muchos personajes son capaces de hacer el verdadero discernimiento de la identidad del niño

que va a nacer o que ha nacido, a partir de las palabras y señales que reciben por parte de Dios: María (Lc 1,26-38), José (Mt 1,18-24), Isabel (Lc 1,39-45), los pastores (Lc 2,8-20), los ancianos Simeón y Ana (Lc 2,25-38), los magos (Mt 2,1-11). También aparece cómo otros fracasan en ese discernimiento: Herodes (Mt 2,1-8.13-16), tal como había anunciado Simeón: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción» (Lc 2,34).

17 Guillet, *Discernement des esprits*, Dans L'Écriture, 1233.

18 Ruiz Jurado, *El discernimiento espiritual*, 28.

19 Ruiz Jurado, *El discernimiento espiritual*, 32.

20 Guillet, *Discernement des esprits*, Dans L'Écriture, 1235.

21 Seguimos aquí a Ruiz Jurado, *El discernimiento espiritual*, 28-30.

22 Cf. Fabrizio Pieri, *Pablo e Ignacio. Testigos y maestros del discernimiento espiritual*, Santander 2002 (Sal Terrae), 35-55.

23 Cf. Gouvernaire, J., *La práctica del discernimiento bajo la guía de San Pablo*, Santander 1984 (Sal Terrae), 10-12.

24 Gouvernaire, *La práctica del discernimiento bajo la guía de San Pablo*, 19.

25 Algunos autores piensan que este «espíritu» es el Espíritu Santo.

26 Pieri, *Pablo e Ignacio*, 59.

27 Pieri, *Pablo e Ignacio*, 60.

28 Walter, Eugen, *Primera carta a los Corintios*, Barcelona 1990 (Herder), 214.

29 Guillet, *Discernement des esprits*, Dans L'Écriture, 1239.

30 En la carta a los Hebreos esa renovación de la mente aparece como cumplimiento de la profecía de Jr 31, 33: «Pondré mis leyes en su mente» (Hb 8,10); «pondré mis leyes en sus corazones y las escribiré en su mente» (Hb 10,16).

31 Kus, Otto, *Carta a los Romanos. Cartas a los Corintios. Carta a los Gálatas*, Barcelona 1976 (Herder), 148.

32 Schlier, Heinrich, *La carta a los Efesios*, Salamanca 1991 (Sígueme), 312.

33 Gouvernaire, *La práctica del discernimiento bajo la guía de San Pablo*, 28.

34 Pieri, *Pablo e Ignacio*, 74. «Ese amor de inspiración divina no debe cesar nunca de crecer. Ese amor da sensibilidad, penetración, clarividencia, para

comprender lo que debe hacerse en medio de la banalidad de la vida diaria» (Gouvernaire, *La práctica del discernimiento bajo la guía de San Pablo*, 27).

35 Gouvernaire, *La práctica del discernimiento bajo la guía de San Pablo*, 27.

36 Guillet, *Discernement des esprits*, Dans L'Écriture, 1240.

37 Guillet, *Discernement des esprits*, Dans L'Écriture, 1240-1243.

38 Kus, *Carta a los Romanos. Cartas a los Corintios. Carta a los Gálatas*, 265.

39 Walter, *Primera carta a los Corintios*, 226.

40 Kus, *Carta a los Romanos. Cartas a los Corintios. Carta a los Gálatas*, 265.

41 Kus, *Carta a los Romanos. Cartas a los Corintios. Carta a los Gálatas*, 380.

42 Walter, *Primera carta a los Corintios*, 40.

43 Guillet, *Discernement des esprits*, Dans L'Écriture, 1244-1247.

44 Véase la relación entre el discernimiento de la persona de Jesús en los sinópticos y en el evangelio de san Juan señalada en las notas 6.7.10.12.13.15.

45 El discípulo amado en Jn 20,8; María la Magdalena en Jn 20,16; los discípulos en Jn 20,20; Tomás en Jn 20,27; de nuevo el discípulo amado en la pesca milagrosa (Jn 21,6-7).

46 Guillet, *Discernement des esprits*, Dans L'Écriture, 1246-1247. Cf. Green, *La cizaña entre el trigo*, 62-65.

47 Guillet, *Discernement des esprits*, Dans L'Écriture, 1247.